

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Llevo tres días, desde que Berta me dijo que urgía, tratando de escribir lo de este mes. Y no sé qué escribir, estoy aterrada, no se me ocurre nada brillante, que sea interesante, ingenioso y feminista. Estoy de un humor de los mil diablos por no ser capaz de escribir por disciplina, por oficio, como trabajo. Sólo sé escribir cuando “buenamente” me dan ganas.

Ahorita, por ejemplo, ¿de qué tengo ganas de escribir? De que en la mañana, desayunando en *Sanborns* unos huevos con longaniza, a las ocho y media de la mañana, ya vestida y pintada, me sentí muy feliz porque estoy siendo capaz de levantarme temprano para llevar a los niños a la nueva escuela. Casi no lo puedo creer: durante años pagué transporte escolar y de veras creía que era como una labor imposible eso de llevarlos yo, diario, y llegar perfectamente puntual. Claro que apenas llevo poco tiempo, pero ni es tan difícil, ni me ha costado tantísimo trabajo. Es más, es un placer. Me sorprende que por los niños soy capaz de hacer cosas que nunca, pude hacer por mí misma, como levantarme temprano todos los días, y *de buenas*.

Tal vez esto tenga que ver con el libro tremendo que acabo de leer y que me dejó como en una especie de estupor: *Las mujeres que aman demasiado*, de Robin Norwood. Creo que todavía no me repongo, y que tardaré bastante tiempo en asimilarlo. Sentí que era como mi retrato hablado. Se trata de un *hilo negro*: las mujeres que “aman demasiado” son mujeres que viven para los otros. O sea, como pleonasma. Pero la autora analiza esta conducta desde su punto de vista de psicóloga, de terapeuta, y afirma que es una *enfermedad*, exactamente como el alcoholismo o como la drogadicción. Ciertas mujeres —casi todas— son *adictas* a los hombres, pero sobre todo a hombres que no las aman y que son a su vez, enfermos: alcohólicos, drogadictos, adictos al trabajo, al deporte, o a la televisión; indiferentes, lejanos, irresponsables, misóginos. Y se da un fenómeno sorprendente: estas mujeres eligen *precisamente* a esta clase de hombres, con la intención consciente y clara de salvarlos, de ayudarlos. De tal manera que se convierten en una especie de “madres” o de “terapeutas” de sus amados. Si encuentran un hombre “normal”, afectuoso, solidario, responsable, sin demasiadas broncas, les parece que es aburrido y jamás se enamoran de él. Parece ser que el chiste es encontrar a uno muy necesitado de *ayuda*, y a base de “amor” y de sacrificios, lograr que cambie, gracias a nosotras.

Esto significa que, en el fondo, nos sentimos omnipotentes. Pero también, en el fondo, nos sentimos incapaces de ser amadas. Lo malo es que nunca, o casi nunca, funciona. El no cambia, no nos ama ni nos respeta, y nosotras sufrimos pensando que somos la causa de ello. Si lo amamos más, si le dedicamos *todo* nuestro tiempo, si somos mejores, si nos pintamos el pelo, si cocinamos nuevas cosas, si nos esforzamos de veras, el

cambiará. Etcétera. En realidad, se vuelve un círculo vicioso, porque él huye de tantísima solicitud. Lo único que se obtiene es un deterioro gradual de la relación y de las personas.

Porque la causa de que algunas mujeres actuemos así es una profunda devaluación, un grande y antiguo dolor que venimos cargando desde la infancia debido a un hogar que no nos dio el amor o el reconocimiento necesario. Sobre todo, no nos dio armas para discernir del todo entre lo beneficioso y lo dañino. “Familias disfuncionales” las llama ella, y las describe como familias donde hay *serios* conflictos, pero donde no se habla de ellos ni de los sentimientos verdaderos que provocan. Son familias que ocultan los verdaderos problemas. Ejemplo: matrimonio desastroso pero que siempre está diciendo “tanto que nos queremos tu madre y yo”. Dobles mensajes: “¿Por qué estás enojada mamá?” Y, echando chispas y aventando cosas ella dice, violenta, “¡No estoy enojada!” Esto, evidentemente, hace dudar a la pequeña niña de sus propias percepciones y de sus propios sentimientos. Ya no sabe qué es amar y qué es odiar. Cree que esos esquemas de vida son el “amor”. O cree que es “amor” ese modo como la trataron a ella.

De adultas, ese tipo de relación, que es el único que conocemos, se parece a una adicción. Nos agarramos a un fulano con dificultades serias para salvarlo, pero sobre todo para no vernos a nosotras mismas, para no enfrentar nuestra profunda devaluación, para escapar a ese terrible dolor. Es el único modo que conocemos para sentirnos *valiosas*. Parece ser que los hombres no caen tanto en la adicción a las gentes, sino más bien a cosas como el alcohol o el trabajo. Así también ellos evitan enfrentar sus sentimientos, su miedo.

Yo creo, y no lo dice el libro, que más que “familias disfuncionales”, vivimos en una “cultura disfuncional”, llena de mensajes contradictorios sobre lo que está bien y está mal. Se les enseña a todas las mujeres que deben ser una especie de madres de todo mundo: controladoras, servidoras y salvadoras. Pero jamás de sí mismas. Está una tan ocupada en los otros que no hace una nada realmente propio.

Creo que el libro, aunque muy gringo en su tono, tiene pistas muy importantes. Aunque al final propone una serie de pasos o recetas para salir de la dichosa enfermedad, que suenan un poco románticas o cursis, como “ser egoístas”, regalarte algo a ti misma todos los días, verte al espejo y decirte, sí, sí, Marcela, te quiero mucho, eres padrísima, etc., me parece muy respetable el consejo de, sobre todo, formar un grupo de apoyo con mujeres que tengan tus mismos síntomas y que funciona como los grupos de AA. Y que te olvides un poco de querer ayudar y salvar a tu hombre, y a tus hijos. Que te dediques a ayudarte y a salvarte a ti misma, y lo demás vendrá por añadidura.

Pues ya se me acabó el espacio, y ya me salió el querido diario de este mes. Y hasta con reseña de libro. Alabado sea el Señor. Sí pude. *fem*